

los tratados con el rey cristianísimo, invadía otra vez á la cabeza de un formidable ejército turco el reino de Hungría, y tomando por asalto unas ciudades y rindiéndosele otras, pasaban al dominio de la Puerta Otomana las posesiones que en aquel reino pertenecían á don Fernando, hermano del emperador. Por otro lado, el terrible Barbaroja, en virtud de los mismos convenios, saliendo al mar con ciento diez galeras y muchas galeotas y fustas de corsarios, había costado la Calabria, saqueado é incendiado á Reggio, infundido terror á los habitantes de Roma, pasando por la desembocadura del Tiber, abordado por Ostia, Civitavecchia y Pomblin á las riberas de Génova, é incorporándose por último en Marsella con la flota francesa mandada por Francisco de Borbon, conde de Enghien (julio, 1543). Las dos armadas reunidas marcharon á combatir á Niza, postrer casillo del desgraciado duque de Saboya. La plaza se defendió con vigor, mas no pudiendo resistir á un asalto general, se refugiaron los saboyanos á un castillo casi inespugnable, fundado sobre una roca, despues de haber capitulado que se guardaria á los de la ciudad sus vidas, haciendas y privilegios. Tratando estaban franceses y turcos de ganar el castillo, cuando se supo que el marqués del Vasto se acercaba por la parte de Milan con grueso ejército, y como ya Barbaroja anduviese disgustado del poco auxilio que había encontrado en los franceses, levantó el cerco

(setiembre), no sin enviar al sultan en tres naves hasta trescientos niños y niñas cautivas, que por fortuna rescataron don García de Toledo y Antonio Doria, que con las galeras de Malta y del pontífice corrían la costa de Grecia <sup>(1)</sup>.

El rigor de la estacion obligó á imperiales, franceses y turcos á suspender las hostilidades <sup>(2)</sup>. Barbaroja inverló con su armada en Tolon, sin dejar por eso de enviar algunas galeras á correr las costas de España y de Argel. Mas si los frios del invierno habían paralizado los movimientos militares, no alcanzaron á entibiar el fuego del odio que ardia en los corazones de Carlos y de Francisco, los cuales, durante aquella suspension no pensaron sino en prepararse á emprender con mas ahinco la próxima campaña. En este intermedio se concertó el emperador con Enrique VIII. de Inglaterra, conviniendo en que ambos penetrarian con ejército en Francia, habiéndolo de hacer el inglés en fin de mayo (1544) con veinte y cinco mil infantes y cinco mil caballos por la parte de Normandía. Logró separar de la alianza de Francisco al rey de Dinamarca, que si no era muy poderoso, podia hacer mucho daño por su proximidad

(1) Guichenon, Hist. de Saboya, tom. I.—Du Bellay, Memoir.—Sandoval, lib. XXV, núm. 48.

(2) Y sin embargo todavía por este tiempo el intrépido y activo don Alvaro de Bazan acometió con su flota la armada francesa en el

cabo de Finisterre, y le apresó diez y seis navios. Hecho que no hemos visto en las historias, pero que consta de la correspondencia original de aquel célebre marino.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, núm. 62: Armada.

dad á sus dominios, y se dedicó á ganar las voluntades de los príncipes alemanes en la dieta que habia convocado en Spira, para caer sobre Francisco con todo el poder del cuerpo germánico.

Fué esta dieta de Spira la mas numerosa y brillante que jamás se habia visto, y nunca habian concurrido tantos príncipes, electores, eclesiásticos y representantes de las ciudades; asistió tambien el rey don Fernando de Bohemia, hermano de Carlos, y nunca el emperador se vió mas en el lleno de su magestad. Creyó Carlos V. que no era ocasion sino de contemporizar con los protestantes para atraerlos, y procuró desde luego ganar la amistad del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, que eran los principales del partido reformista, no siendo escaso en hacerles concesiones á fin de obviar embarazos. Cuando ya juzgó poder hablar con libertad, comenzó por esponer á la dieta los dos principales designios por que trabajaba, á saber: la reunion de un concilio general para sosegar las discordias religiosas que inquietaban el imperio, y las medidas convenientes para atajar la pujanza de los mahometanos, cuyos dos grandes objetos estaba impidiendo la criminal ambicion del rey de Francia, promoviéndole injustas guerras, y sobre todo, dando á la cristiandad el inaudito escándalo de llamar los ejércitos y armadas del Gran Turco, y atraerlos al centro de las naciones cristianas. Inculcó sobre el espectáculo irritante y sin

ejemplo de haberse visto combatir juntas y como hermanas la ciudad de Niza, las lises de Francia y las medias-lunas de Turquía, las armas del rey cristianísimo y las del sultan de los mahometanos. Manifestó que el injustificable encono del rey Francisco era el que le impedia congregar el concilio, y acudir, como deseaba, á libertar la Hungría, la Alemania y la Italia de las audaces invasiones de Soliman y Barbaroja, y exhortó á todos á que se aunáran con él para combatir á los enemigos públicos de la cristiandad. Esforzaron las razones del emperador su hermano don Fernando y el duque de Saboya; y las excusas que los embajadores del rey Francisco se esforzaron por esponer en la dieta, no fueron atendidas ni casi escuchadas. El emperador habia ganado todos los ánimos. El resultado fué adherirse á la dieta á las ideas de Carlos, declarar la guerra al rey de Francia, y ofrecerle un ejército auxiliar de veinte y ocho mil hombres (1.º de abril, 1544), sostenidos por la liga, y para cuya subvencion se haria un repartimiento general entre todos los estados y ciudades imperiales <sup>(1)</sup>.

No quedaba, pues, al de Francia otro aliado que el turco, y aun de Barbaroja tuvo tales sospechas sobre relaciones, presentes y regalos que entre él y Andrés Doria se cruzaban, que creyó lo más acerta-

(1) Journal de Vandenesse, mo III. 209.—Memoires de Granvelle, to-

do y prudente despedirle, no fuera que queriendo contar con un aliado se encontrara con un peligroso enemigo. El único recurso ya del rey de Francia era suplir con la actividad y la energía su aislamiento, y así lo hizo, anticipándose él á abrir la campaña. Comenzóla el fogoso jóven Francisco de Borbon, conde de Enghien, en el Piamonte, sitiando á Cariñan, plaza que el marqués del Vasto habia ganado de vuelta de socorrer á Niza. En auxilio de Cariñan acudió desde Milan el del Vasto, resuelto á dar una batalla, y tan resuelto que no cuidó de ocultar ni disimular su designio. Halagaba este pensamiento al intrépido conde de Enghien, que deseaba señalarse con alguna accion gloriosa. Y aunque el rey le tenia prevenido que no aventurara batalla general, y aunque el consejo del monarca opinó unánimemente que no convenia arriesgarla, de tal modo persuadió al rey y á la corte por medio del elocuente Monluc, enviado al efecto, de la conveniencia de dar el combate, que al fin el rey Francisco hubo de decir al enviado, levantando los ojos y las manos al cielo: «Andad y volved al Piamonte, y allí pelead en nombre de Dios.» Y no solo esto, sino que entusiasmada la nobleza de la resolucion valerosa del de Enghien, marchó voluntariamente á compartir con él los peligros del combate.

Animóse mas el jóven conde de Enghien con la llegada de sus nobles compatriotas, é inmediata-

mente preparó y presentó la batalla, que aceptó el del Vasto. Encontráronse ambos ejércitos en una estensa llanura cerca de Cerisoles. Trabada la pelea, arremetió la caballería francesa con su acostumbrado ímpetu y arrolló cuanto tenia delante; mas por otro lado hizo lo mismo y con no menor arrojo la siempre valerosa y disciplinada infantería española. Por desgracia los ginetes del marqués, ó aturdidos ó cobardes, retrocedieron sin romper lanza, y desordenaron ellos mismos el batallon de tudescos, y cargando sobre ellos los suizos y gascones franceses, todo fué confusion, desorden y matanza en los imperiales. El marqués del Vasto perdió su serenidad acostumbrada, y herido él mismo en un muslo, se salvó á uña de caballo, dejando á los suyos espuestos á la mortandad, que la hicieron en ellos grande los vencedores. Calcúlase en diez mil los que murieron del ejército imperial, además de una multitud de prisioneros, y de la artillería, bagajes y tiendas que se perdieron tambien. El marqués recogió unos siete mil dispersos en Asti (1). Este fué el golpe mas desastroso que sufrió el emperador en cosas de guerra, y tanto mas sensible, cuanto que á haberle sido favorable se hubiera asegurado la paz de la cristiandad, por-

(1) Memorias de Monluc, y de Du Bellay.—Jovio, Historia, libro XLIV.—Sandoval, lib. XXVI., número 44.—Observa Sandoval que en el mismo dia que se perdió la batalla de Cerisoles (primero de la pascua de Resurreccion, 1544) se habian perdido la de Rávena y la de los Gelbes.

que el francés había echado el resto en esta batalla.

Por mas que tan señalada victoria alentára á los franceses y á los enemigos ocultos del emperador, y por mas que el duque de Enghien escitára á su rey á que se aprovechara de ella para apoderarse del Milanesado, antiguo objeto de su ambicion, Francisco, lejos de comprometerse en tal empresa, temia por la seguridad de su reino, porque se acercaba el tiempo en que el emperador y el rey de Inglaterra debian invadirle simultáneamente, y en vez de proseguir aquel triunfo, desmembró del ejército de Enghien doce mil soldados de los que habían triunfado en Cerisoles. Y en efecto, el emperador, despues de conseguir que el general don Fernando de Gonzaga y el maestro de campo don Alvaro de Sande rescatáran del poder de los franceses á Luxemburgo, donde encontraron mas de ochenta piezas de artillería, y recobraran algunas otras plazas de los Países Bajos, salió de Spira (10 de junio, 1544), despedida la Dieta, á incorporarse con su ejército que ya había penetrado por el Lorenés dirigiéndose á la Champaña. El intento del emperador era marchar sobre París, para lo cual tenía que allanar algunas fortalezas, como eran Ligny, Commercy, Saint-Dizier, Reims y Chalons. El ejército imperial constaba de mas de cincuenta mil hombres bien pertrechados, y Enrique de Inglaterra en cumplimiento del concierto con Carlos había llevado también el suyo á Francia, y le tenía entre la Nor-

mandía y la Picardía. Mientras el emperador, tomadas fácilmente algunas plazas, ponía sitio á Saint-Dizier, el inglés cercaba también por su lado á Montreuil, si bien se advertía entre ellos aquella falta de union y de confianza que tan necesaria les era para llevar adelante el plan convenido, y que comenzando por poca armonía había de parar en perjudicial desacuerdo.

Apurada era la situación del rey Francisco, teniendo en el corazón de su reino tan poderosas fuerzas enemigas; y sin embargo no perdió el ánimo, y á fuerza de fatigas logró reunir hasta cuarenta mil infantes y seis mil caballos. Uno de sus medios de defensa fué el mismo que en otra ocasión había empleado en la Provenza con fruto; el de devastar los países por donde había de marchar y acampar el enemigo para privarle de mantenimientos. El delfín, su hijo, á cuyo cargo puso las principales fuerzas, limitábase á molestar al enemigo ó interceptar los convoyes, esquivando arriesgar una batalla en que sin duda hubiera podido aventurar la pérdida del reino. Entretanto continuaban los imperiales sitiando y apurando á Saint-Dizier, que defendían valerosamente el conde de Sancerre y Mr. de La Lande, los heroicos defensores de la célebre plaza de Landrecy. En los combates y asaltos de este sitio murieron, por parte de los imperiales el príncipe de Orange, y por la de los franceses el bizarro capitán La Lande. La

plaza resistió todavía algunas semanas, hasta que por un ardid del canciller Granvela, que consistió en hacer presentar á Sancerre unas supuestas cartas del duque de Guisa, facultándole para capitular por las dificultades que el rey tenía para socorrerle, cayendo Sancerre en la trampa y artificio, convino en la entrega de la ciudad (agosto, 1544), no sin obtener una honrosa capitulación despues de una gloriosa defensa (1).

Ganada Saint-Dizier, prosiguió el emperador internándose en la Champaña, no obstante tener que marchar por un país exhausto de víveres, y á pesar de los conflictos en que le ponía el atraso de pagas á las tropas, especialmente por parte de los alemanes, que de continuo se le alborotaban pidiendo dinero, y alguna vez hasta atentando á la vida del emperador. Necesitaba por lo tanto detenerse á tomar algunas plazas para proporcionarse recursos, y así fué avanzando hasta apoderarse de Epernay y de Chateau-Tierry, esta última distante ya dos solas jornadas de París. Seguíale con la vista el ejército francés en su

(1) Du Bellay, Memoir.—Brantôme, tom. VI.—Paulo Jov., Historia del Emperador.—Sandoval, libro XXVI., pár. 49 á 27.—Robertson, Hist. de Carlos V., libro VIII.

No es fácil, en esta, como en otras ocasiones, conocer por nuestro Sandoval la verdadera nomenclatura de los personajes y de los pueblos que se mencionan en esta

guerra. Por ejemplo, á Sancerre le nombra en unas partes *Sansarra*, en otras *Sanserrio*; á La Lande, *Mr. de Landi*; á Guillermo Du Bellay, *Bellaio*; á los pueblos Ligny, Commercy, Saint-Dizier, los llama *Leni*, *Carmesi*, *San Desir*; al río Marne, *Marba* ó *Matrona*; á Epernay, *Aspernecto*; á Chalons, *Catalaunio*; y así de los demas.

marcha desde la ribera opuesta del Marne que los dividía. Ambos ejércitos iban talando las campiñas é incendiando las poblaciones por donde pasaban, dejando el país en el mas lastimoso estado: hubo ocasión de acampar el ejército imperial en medio y á la vista de cuatro poblaciones ardiendo á un tiempo, incendiadas dos por los imperiales y dos por los franceses.

La aproximación de Carlos V. á París produjo en los habitantes de aquella capital, susto y terror en unos, desesperación y coraje en otros, y unos huían con sus familias á las ciudades del Sena y del Loire, y otros se preparaban á defenderla á todo trance, entre ellos, la juventud de las escuelas, que tomó animosa las armas y se organizó en banderas. El mismo rey tuvo momentos de desánimo, hasta el punto de esclamar: «¡Dios mio! ¡qué cara me haces pagar esta corona que creía haber recibido como un presente de tu mano!» Pasando luego del dolor á la resignación, añadió: «¡Cúmplase tu voluntad!» Y reponiéndose de su desaliento, envió al delfín con ocho mil hombres á París, guarneció convenientemente la plaza de Meaux, y él mismo, por medio de una marcha forzada, se puso entre la capital y el campo imperial.

En este intermedio, temeroso el rey Francisco de no poder evitar que llegara Carlos á apoderarse de París, le había enviado varios mensajes de paz, ya

por medio del almirante y del gran canciller de Francia, ya poniendo en juego la intervencion del confesor de la reina y suyo, el español fray Gabriel de Guzman, fraile dominico, natural de Valdemoro, cerca de Madrid. Aunque Cárlos había ido poniendo muchas dificultades para acceder á un concierto, conveniale tambien á él la paz. Su ejército carecia de víveres, y ofreciale no pocos inconvenientes invernar en Francia. Por otro lado tenia enojado al pontífice, asi por sus complacencias con los protestantes de Alemania, como por su alianza con el rey de Inglaterra, á quien el papa miraba como á un herege escomulgado. Temia pues por Italia: y por otra parte, en Alemania progresaba la reforma, y el turco amenazaba el Austria por Hungría. No era por lo tanto difícil llegar á un ajuste entre dos soberanos, de los cuales el uno deseaba la paz y el otro la necesitaba. Asi sucedió, y despues de algunas conferencias se concertó y estipuló la paz en Crespy, aldea inmediata á Meaux (18 de setiembre, 1544), firmándola por parte del emperador el canciller Granvela y don Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, por parte del rey Francisco el almirante Annebault y el guardasellos del reino.

Los principales capítulos de la paz de Crespy eran: la consabida cláusula de firme y perpétua paz y amistad entre ambos soberanos, que se estipulaba siempre y no se cumplia nunca: que se devolverian

recíprocamente todo lo conquistado desde la tregua de Niza: que se restituiria á los duques de Saboya, de Mantua y de Lorena todo lo que les hubiera sido tomado por ambas partes: que se unirian para hacer guerra al turco, aprontando para esto el rey Francisco seiscientas lanzas y diez mil hombres cuando el emperador los pidiese: que Cárlos daria en matrimonio al duque de Orleans, hijo de Francisco, ó bien su hija la princesa María con los estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando con el ducado de Milan, habiendo de determinarlo el emperador dentro de cuatro meses, que Francisco renunciaria todos los derechos que pretendia tener á los reinos de Nápoles y Sicilia, y al patronato de Flandes, Artois y otros estados: que no daria auxilio de ninguna clase al retirado rey de Navarra: que en cambio renunciaria todo derecho al ducado de Borgoña y á otras ciudades que se designaron: que entraria en esta paz el rey de romanos y todos los príncipes cristianos que quisieren, etc. (1).

El tratado de Crespy tenia que disgustar y disgustó á muchos: al papa, porque era otro el partido que él se proponia sacar del rey Francisco; al sultan, por la guerra que se proponian hacerle, convirtiéndose su aliado en enemigo; á los protestantes de Ale-

(1) Dumont, Corps Diplomat. II. día eran treinta y uno. Sandoval — Coleccion de tratados de paz, tomo I. — Los capítulos de la Concor-

mania, por una cláusula particular que no se insertó en el tratado, por la que se convenian los dos en emplear su valimiento á fin de que se reuniese un concilio para atajar y condenar la doctrina reformista; al delfin de Francia, por la predileccion que su padre parecia manifestar hácia su hijo segundo; al rey de Inglaterra, por haberse hecho todo sin su intervencion, cuando estaba haciendo la guerra á una con Carlos; bien que cuando éste le anunció lo que trataba contestára como despechado, que él hiciera lo que le estuviese bien, que por su parte pensaba llevar la guerra adelante. Asi, cuando le llegaron los embajadores franceses con los artículos de la paz, le hallaron tan mal dispuesto á entrar en ella, y tan envalentonado con haber rendido á Boulogne, y puso tales condiciones, que hubo de rechazarlas con desden el rey Francisco, y la guerra continuó entre ambas naciones.

Por su parte el emperador, en cumplimiento del tratado, retiró su ejército y se volvió á Flandes para invernar en Bruselas. Allí licenció sus tropas, quedándose solo con el tercio de don Alvaro de Sande destinado á pasar á Hungría. Los españoles, en vez de venir á España, acostumbrados á la vida militar, prefirieron los mas alistarse al servicio del rey de Inglaterra que los buscaba y ofrecia buenos sueldos, y sirviéronle todo el tiempo que duró la guerra con Francia. El general del ejército inglés era el español

don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, á quien debió el rey Enrique el buen suceso de la jornada de Boulogne.

Todo el mundo estrañaba, y razon habia para ello ciertamente, que cuando Carlos V. se hallaba tan pújante y poderoso, amenazando á la misma capital de Francia y teniendo á su rival tan apretado, hubiera suscrito á condiciones tan graves para él como las del tratado de Crespy, y á que nunca habia accedido aun en las mas desfavorables situaciones, y se desconfiaba y tenia por inverosimil que llegára el caso de desprenderse de uno de los estados á que jamás en sus mayores apuros habia querido renunciar. Pero á las razones que antes hemos apuntado, debe sin duda agregarse el mal estado de su salud y los padecimientos de la gota que le aquejaban ya mucho entonces. Asi fué que cuando llegó á Bruselas el embajador francés encargado de obtener la ratificacion de la paz, Carlos que comprendia aquella desconfianza, dijo al poner trabajosamente la pluma sobre el papel: «No temais que yo haya de quebrantar el tratado, porque la mano que apenas puede sostener una pluma no está ya para blandir la lanza.»

Dispuesto á cumplir el tratado hasta en la parte que debia hacérsele mas sensible, habia enviado á Castilla su secretario Alonso de Idiaquez, con cartas para el príncipe don Felipe su hijo, gobernador del reino, ordenándole consultára al consejo de Estado

cuál de los dos casamientos y de las dos cesiones le parecía mas conveniente, si el de su hija ó el de su sobrina, si la cesion de Flandes ó del Milanésado. A esto último parecía haberse inclinado ya el emperador y el consejo de Castilla, cuando la fortuna le abrió un camino, que sin faltar á los compromisos le dejaba libre de las obligaciones del pacto, sin desmembracion alguna de sus dominios. El jóven duque de Orleans, á quien se destinaba la princesa, y en cuyas escelentes prendas cifraban las mayores esperanzas los franceses, y aun los milaneses mismos, falleció de resultas de una febre maligna, (1545), con sentimiento general, y muy especialmente de su padre que le amaba con predileccion.

Este inesperado acontecimiento dejaba sin efecto una de las cláusulas mas esenciales de la paz de Crespy. El rey Francisco pedia alguna indemnizacion de la desventaja que le hacia sufrir la muerte de su hijo, pero Carlos se negaba á alterar la letra del tratado, y esquivaba entrar en nuevas negociaciones sobre el ducado de Milan. En otro tiempo habria sido éste sobrado motivo para romper de nuevo la guerra los dos soberanos rivales, mas la edad de uno y otro monarca, á quienes habian pasado los fuegos de la juventud, la necesidad de atender el de Francia á la guerra de los ingleses, y los proyectos del emperador contra los protestantes de Alemania, evitaron por entonces otro rompimiento que hubiera vuelto á poner

en combustion la Europa, quedando solo sacrificado el duque de Saboya, cuyos dominios no podian serle devueltos sin la celebracion del matrimonio del de Orleans <sup>(1)</sup>.

Favoreció tambien á que gozase la Europa de cierto, aunque breve período de reposo, del cual habia bien menester, la muerte por este tiempo ocurrida del famoso y terrible corsario Barbaroja, que en la marcha de retirada de los puertos franceses habia ido con su flota devastando de tal manera las costas de Italia, y todo el litoral de los paises que median hasta la capital de Turquía, que entró en Constantinopla con riquísima presa de alhajas y millares de desgraciados cautivos, dejando tras sí el llanto y la desolacion en las poblaciones cristianas. Este antiguo pirata, rey de Argel y virey de Túnez, y almirante despues del Gran Turco, dejó por heredero de su inmensa riqueza á su hijo Hassen Barbaroja, que á la sazón se hallaba en Argel.

Permaneció algun tiempo el emperador en Bru-

(1) Entre los papeles de Estado del cardenal Granvela (t. III), se encuentran los siguientes documentos sobre la alternativa de los dos matrimonios contenida en el tratado de Crespy. 1.º La manera de consultar la alternativa con los señores de los Países Bajos. 2.º Discurso y razonamiento de las consideraciones que se han de tener presentes sobre la alternativa de los matrimonios del duque de Orleans, etc. 3.º Declaracion de la alternativa. En Bruselas, fin de febrero, 1545.—Embajada del rey de Francia al emperador dándole cuenta de la muerte de su hijo.—Hubo sospechas de haber sido envenenado por consejo é industria de su cuñada Catalina de Médicis, y aun dicen no le pesó á su marido Enrique, á quien mortificaba la envidia por el favor que el rey, su padre, y el emperador dispensaban al de Orleans. Tenia entonces 22 años.—Sandoval, lib. XXVII., párr. 4.



selas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y prontos para acabar con las contiendas religiosas que seguian conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habian cundido maravillosamente por casi todos los países de Europa á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicacion de sus atenciones y negocios le habia obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

## CAPITULO XXVI.

MUERTE DE LUTERO.

CONCILIO DE TRENTO: GUERRA DE RELIGION.

De 1544 á 1547.

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martín Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Designios de Carlos V. contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederacion de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situacion de Carlos V. en Ratisbona.—Reunion del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heroica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersion de las tropas luteranas.—Rindense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuracion en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Carlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y